

Notas

ENCUESTA A LOS INTELLECTUALES

La Revista de Las Indias, publicación de gran altura intelectual, que edita en Bogotá el Ministerio de la Educación Nacional, ha venido realizando una encuesta de grande actualidad entre los intelectuales colombianos. El cuestionario es el siguiente: Permanecerán en Europa o cambiarán de sede los centros de nuestra cultura en la post-guerra? Seguirá a los actuales trastornos un progreso o una decadencia en la marcha cultural? En el porvenir se les asignará valor de medios o de fines a la literatura y al arte? Qué papel reserva el futuro a los intelectuales y, especialmente, a los escritores y artistas? Cayetano Betancur, quien con Germán Fernández Jaramillo integra nuestro cuerpo de redacción en la capital de la República, y que es seguramente uno de los hombres de pensamiento que más ha ahondado en los problemas sociológicos de nuestro tiempo, contestó a la mencionada encuesta de la manera siguiente:

Si la cultura está en esencial dependencia del paisaje, como pensaba Hegel, la respuesta tendría que ser resueltamente negativa. Pero aún sin hacer meros rigurosa esta relación con la tierra, es el hecho que el continente americano hace parte de la cultura occidental; al menos se cree portador de sus valores y de sus inspiraciones. Si esta cultura, si nuestra cultura entonces, ha de cambiar de asiento, ello no podría ocurrir sino trasladándose a América, pues debemos descontar todo posible desplazamiento hacia el Asia o la Océania. Ahora bien, cómo puede ser América la sede de una cultura a la que se siente justamente ligada en calidad de colonia, con la metrópoli en Europa?

Planteado así el problema, nuestra cultura europea no podrá asentar su metrópoli en América, porque la cultura americana hace parte de la occidental en tanto pensamos en Europa como la dispensadora de todos los dones del espíritu. La cultura occidental en América es nostalgia y nada más. Por muy ilustres que sean los hombres que Europa haya arrojado hacia nuestro continente, mientras más vivan entre nosotros, más nos serán familiares, y así seguire-

mos esperando lo nuevo de Europa, sus últimas creaciones. Los mismos europeos venidos aquí seguirán con el oído atento el palpitar de su tronco nutricio y nunca dejarán de ser europeos.

Pero una cosa es que no pueda cambiar la sede de la "cultura occidental o europea", y otra, muy distinta, que América pueda ser la sede de una nueva cultura rectora del mundo en que vivimos. Y sin embargo, esto no ocurrirá todavía. América no ha incorporado suficientes elementos autóctonos a la cultura de Occidente para que pueda decirse que con ellos advendrá en la post-guerra algo nuevo de perfil definido. Un día llegará en que esto ocurra; mientras tanto será menester que el hombre americano vaya afianzando su sentimiento de seguridad en la parte de mundo que le tocó en suerte, que explote la tierra con provecho y haga del contorno un paisaje al cual confiarle sus dolores y sus alegrías. Este parece ser el principio de todo organismo cultural.

Las guerras son terribles para la humanidad y para el individuo; pero no lo son para la nación que las lleva a cabo, a menos que se debata con pueblos muy distintos y en la contienda resulte avilanzada. Pero cuando la guerra discurre entre pueblos de una misma comunidad cultural, ella misma hace parte de las formas culturales más egregias. Qué sería de Europa sin su guerra de los cien años, sin sus guerras de religión, sin su guerra de los treinta años, sin sus guerras napoleónicas? No entenderíamos nada de su historia. Si, como ha dicho también Hegel, "la guerra es aquel estado en el cual se toma verdaderamente en serio lo de la vanidad de los bienes terrenos", ello ocurre porque los que la hacen tienen conciencia de su capacidad creadora, para reemplazar lo existente por realidades superiores. Sin esta conciencia no habría guerra sino sometimiento. Ahora bien, esa conciencia que todo lo sacrifica, que puede darse el lujo de renunciar a todo, es la mejor garantía de que hay en ella aún fuerzas creadoras inéditas y en disponibilidad actual.

La mejor prueba de que Europa y su cultura no están en decadencia es el hecho mismo de esta tremenda guerra que se lleva a cabo en su propio solar. Por otra parte, recuérdese el admirable florecimiento de las letras, las artes y la filosofía en la década que siguió al armisticio de 1918.

De esta guerra el individualismo saldrá mortalmente herido. Incluso en los países vencedores que luchan por la libertad, esa libertad no será de coexistencia sino de coordinación. Así es apenas natural que el artista resulte empleado como miembro de un organismo político y que su misión sea medio de una finalidad también política.

Pero eso no debe afligirnos. El arte por el arte es más bien un mandato para el contemplador que para el creador. Todos los artistas de todas las épocas, de grado o por fuerza, tuvieron que servir siempre a una venida de fuera. Pero el arte verdadero sobrevive a esa esclavitud. En el futuro se salvan el arte y el artista y apenas queda el recuerdo de sus amos y de los valores no artísticos que quisieron servir. O es que alguien sabe hoy de Julio II al contemplar un Miguel Angel, o de los templos protestantes al escuchar a Bach, o de la obsesión anticatólica al leer a Voltaire? Hay una "astucia de la razón artística" que sale vencedora a la larga, cualesquiera que sean los que la tiranicen.

Por lo que toca a Europa, me atrevo a pensar que durante unos años se mirará con desconfianza la labor del intelectual. Es necesario que se purifique de tantas contradicciones, de esa monstruosa insinceridad a que lo llevó la urgencia de escribir y actuar, no obedeciendo a una voz interior sino en razón de una profesión y de un oficio.

Por lo que toca a Colombia, creo que entraremos en la etapa de

los escritores colombianos. Hasta ahora sólo hemos tenido gentes que repiten la música y la cadencia de los grandes escritores europeos. Pero parece que se anuncia un primitivismo en nuestra literatura y en nuestro arte. No podremos seguir imitando a Gide o a Spengler para hablar de nuestro ambiente y de nuestra historia. Es menester más humildad en la elección de los instrumentos, una humildad que corresponda a la ingenuidad del medio y de las realidades espirituales de Colombia.

El escritor y el artista ingenuos y sencillos tendrán ahora en nuestra patria el papel de los profetas: atravesamos un momento cargado de promesas y lo prometido no podrá ser otra cosa que el desarrollo de lo que verdaderamente somos. Eso que somos lo tendrán que decir los escritores y los artistas, nuestros escritores y nuestros artistas, si es que los hay.

Cayetano Betancur

FRAY ALFONSO ESCUDERO

En febrero pasado visitó la Universidad Católica Bolivariana el ilustre sacerdote chileno cuyo nombre encabeza estas líneas. Profesor de la Universidad Católica de Chile y por tanto compañero en estas lidias ortodoxas, quiso presentarse a este claustro y conocer su realidad cultural y cristiana. Y dictó una magistral conferencia sobre la literatura de Chile, sobre sus grandes intelectuales, sobre sus actividades librescas. El doctor Abel Naranjo Villegas, lo presentó en tan notable acto cultural, con las siguientes palabras, testimonio de la admiración de este Instituto por Chile y por sus empresas intelectuales.

Sencillamente os digo que este hombre que parece labrado por un discípulo del Greco, seco como las vides, yodado y duro como la tierra que lo produjo, que trae en la frente "la centella de Almagro" y en todo su cuerpo el vestido ardiente de San Juan de la Cruz, es Fray Alfonso Escudero, hombre de letras, sacerdote de Dios y profesor de literatura americana en la Universidad Católica de Santiago de Chile.

No es necesario decir más porque en estos claustros no se puede hablar de Chile sino como de un hermano muy afín de nuestros temperamentos, con un secreto alarde de medallón familiar en el verso nerudiano: "Toda rodeada de agua combatiente y nieve combatida; en ella se junta el agua al azufre y en su antártica mano de armiño y de zafiro, una gota de pura luz humana, brilla encendiendo el enemigo cielo".

Nosotros los colombianos hemos mirado a lo lejos ese polvo de estrella que va dejando caer por toda la historia esa ingente literatura chilena, salobre y yodada, escueta con la rudeza pétreo de sus conceptos y en su inteligencia marina que baña todas las costas del conocimiento. Desde Alonso de Ercilla hasta Gabriela Mistral, pasando por todos los meridianos de la poesía con Vicente Huidobro, Salvador Reyes, Julio Barrenechea hasta Juan Negro y

Jorge Millás. Con el aporte de las primeras escuelas que prolongó España en sus lindes fortificó su aliento telúrico y llegó a ser maestra de la poesía española, con su acopio de experiencias y el profundo acento humano que ha alcanzado en Pablo Neruda y Vicente Huidobro.

Así como para los chilenos es familiar nuestro verso os digo, ilustrísimo profesor, que también para la juventud colombiana es el verso chileno. Tal vez no hay ningún colombiano joven que no haya sentido la urgencia de patrias hispanas, rodeadas de pura esencia tradicional, con las páginas de vuestros escritores y que no haya amado al hilo de los versos que nos han hecho familiares las bahías y las cordilleras, las calles y las torres, las muchachas y las salitreras, las olas y los ritmos potentes de los navíos. "Te recuerdo cómo eras en el último otoño; eras la boina gris y el corazón en calma. En tus ojos peleaban las llamas del crepúsculo y las hojas caían en el agua de tu alma", hemos dicho también nosotros como los muchachos que escuchan vuestra palabra en la Universidad de Santiago.

Esta afinidad vital y poética es la mejor garantía de que se os escucha con el respeto que merece vuestra dilatada obra literaria, dispersa en más de cinco obras. Aquí tenéis una juventud que está lidiando por los mismos ideales de la vuestra mejor empujada hacia el porvenir de América.

LA UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA

Por el Pbro. Luis PEREZ HERNANDEZ

Conferencia dictada en Bogotá, por los micrófonos de la Radiodifusora Nacional, con ocasión del octavo aniversario de la Universidad Católica Bolivariana.

No hay un tema que con más placer tratemos, ni hay otro deber más grande que nos esforcemos en cumplir, que el tratar, para estimularlos y aplaudirlos, de los esfuerzos pasados o presentes del catolicismo ante la educación de la juventud.

No hace mucho tiempo nos dirigimos a los universitarios de la Universidad Nacional de Bogotá para recordarles lo que debe ser un joven católico en los años y en el recinto en que se forma para una profesión noble e influyente.

Hoy nos dirigimos con respeto y con admiración a la Universidad Católica Bolivariana de Medellín para señalar con ella y por ella lo que da el catolicismo cuando abre el albergue y levanta su cátedra para entregar, formados por sus métodos e instruidos por sus sabios, los profesionales que harán presente y directivo en la sociedad el tipo del católico integral.

Es evidente que nuestro deseo se dirige ahora a presentar la Universidad Católica Bolivariana de Medellín en su estupenda realización como milagro de la fe y de la fortaleza inteligente de un puñado de constructores; pero ese propósito no excluye, antes reclama más bien, el que sentemos como bases y señalemos como raíces la admirable misión educadora de la Iglesia Católica en el mundo occidental, en España y en la América Española.

Nos llena de zombro y nos desconcierta al oír de labios de Cristo palabras solemnes y arrogantes, que, al primer golpe, parecen contradecir la mansedumbre de su vida y la dolorosa misión de su sabiduría infinita, resumida en el sacrificio y en la Cruz, ante la cual, como dijo San Pablo, blasfemó el circunciso y se rió el griego.

Id y enseñad a todas las naciones, dijo Jesucristo a sus enviados como resumen y consigna de la redención humana.

La verdad os hará libres; yo vine al mundo para dar testimonio de la verdad. Todos, creyentes o paganos sabemos que la última perfección del cristianismo es el amor; en el amor se resume la ley, se resumen los profetas, se condensó el poder del legislador y del regenerador del mundo espiritual. El mandamiento mío es que os améis los unos a los otros como yo os he amado.

Pero ese término no se logra sino por la verdad.

Como el calor de la llama es la madurez de la luz.

Como el prodigio de la flor no es sino el remate de la oscura fecundidad lograda por el germen en lo hondo de la tierra y llevada por el tronco en noble y severo servicio de ascensión hasta el lugar de honor y de triunfo en que la vida florece, encanta, deleita y se multiplica y perpetúa.

La redención se hizo para el Verbo, por la palabra constancial e infinita que nuestra fe llama el Hijo de Dios y nuestra mente entiende que expresa la idea divina y se confunde con la sabiduría que es Dios.

La misión de la Iglesia Católica, que no es otra cosa que la continuación de la misión de Cristo, es por lo tanto idea; los apóstoles son maestros y los redimidos son sabios.

Es claro que la ciencia a cuyo servicio está puesto el organismo social de la Iglesia Católica es la ciencia de la vida, de la verdadera vida, la ciencia del bien, de la virtud, de los supremos principios y últimos fines del hombre en orden a Dios.

Pero eso no quiere decir que haya de ser analfabeta de las ciencias humanas quien busca, enseña y aplica la ciencia de Dios. Así como el amor, o sea la caridad cristiana, supone y utiliza al corazón humano aún en su ritmo y sus latidos para hacerlo amar con mayor ardor y más alta y segura posesión de lo que busca y ambiciona, la inteligencia también con su luz propia es el espejo en que viene a reflejarse y duplicarse el sol de la infinita y sobrenatural ciencia de la fe. Y no sólo es concomitancia o artificial unión sino que la primera condición para saber de Dios y recibir la ciencia divina es la de el ser inteligente y racional; los linderos que separan al hombre del bruto son los mismos que señalan los del encuentro y el diálogo del hombre con su Dios.

La ciencia divina no es una consecuencia del raciocinio humano sino un nuevo, superior y sobrenatural regalo de Dios, pero es un regalo que supone enhiesta y libre la altura de la razón humana como el regalo de la nieve sobre la cresta de los montes supone, la mole, la ascensión y el supremo esfuerzo de unirse con el cielo.

El eco de las enseñanzas de Cristo se fue transmitiendo por la voz serena y paternal de los Pontífices romanos, por la audacia y la elocuencia del perseguidor convertido en el camino de Damasco y cuyas palabras dejaron pensativos a los sabios del Areópago de Atenas, representantes y herederos de la sabiduría y el magisterio universal de los maestros griegos.

Todo el cristianismo de los primeros siglos de nuestra era fue una lección de sabiduría en la plegaria colectiva y mundial; fue un lección callada en la sangrienta mansedumbre del martirio.

Aún más: como lo dicen los autores del compendio del tratado

de las religiones comparadas intitulado "Christus", conmueve y entusiasma el ver que los cristianos perseguidos y vejados, entre sus angustias y amarguras encontraran tiempo para pensar y para escribir.

Cada interrogatorio de un mártir era una lección que multiplicaba los cristianos y convertía a los verdugos a la fe de sus víctimas; cada herejía de los sofistas o de los cínicos era un martillazo que pulía los dogmas y agigantaba el magisterio de los defensores y de los apologistas.

La Iglesia itinerante y peregrina era en todas partes maestra sin mordaza y sin albergue; como va más lejos la semilla si el huracán es más violento, así iba más lejos la siembra de la verdad cristiana mientras más encarnizados eran los atropellos de la tiranía y más recios los embates de los perseguidores paganos.

Cuando el emperador Constantino dibujó la cruz sobre su bandera y la llevó sobre su púrpura, el cristianismo era ya convicción en la mente de muchos genios portentosos y norma del vivir en la conciencia de los hombres y de los pueblos honrados y sinceros.

Con cautela respetuosa y dulce la Iglesia recogió el tesoro del pensamiento griego; copió y salvó las prosas y los versos de cuantos honraron los siglos paganos con su genio; reunió a los hijos de los soldados en la callada paz de sus claustros, los adoctrinó en sus escuelas episcopales y en las escuelas palatinas hasta que en la mitad del camino entre la antigüedad y nosotros hizo brillar en las universidades las luces más esplendorosas del pensamiento.

La historia conserva como título a la eterna gratitud de la civilización la fundación de las universidades, hecho grandioso y nunca bien medido en sus alcances que se debe primaria y exclusivamente a la iglesia católica. Universidad se llamó por primera vez la reunión de todas las escuelas (universitas) episcopales de París, en el año 1200. Vinieron luego las universidades de Tolosa (1223), Montpellier (1298), las de Oxford y Cambridge (1258 y 1257) y en España las de Valencia (1212) Salamanca (1243) y Sevilla (1264), en Italia las de Padua y Bolonia desde el año 1222.

Tocó a España el pasar con su mano y con su gloria el fuego de la ciencia occidental y la tradición de sus universidades cristianas al mundo por ella enganchado al carro de la cultura europea.

La Universidad de Santo Tomás de Aquino, la Universidad Javeriana son prueba de esto entre nosotros.

Esparcida por todas partes la semilla de la ciencia divina para salvar al mundo en Cristo, la Iglesia adoctrinó a los pueblos haciéndoles sentir que tan profundo era el olvido de sus persecuciones como clara la voz y persistente el recuerdo de los destinos sobrenaturales de toda la humanidad y de cada conciencia en especial.

Poco a poco se suavizaron en gran parte las costumbres y el saber lo mismo que el trabajo se revistió de la nobleza que el paganismo había desviado o destruido.

La niñez fue entrando al palacio del saber y con las generaciones pulidas y despojadas de prejuicios se llegó al florecimiento inaudito de la especulación intelectual de la Edad Media.

Se cumplió la ley constante de que toda filosofía engendre una civilización. La filosofía ennoblecida por la ciencia de Dios llevó a los pueblos latinos a la posesión de esa civilización occidental a la que sólo fueron impermeables algunas naciones y se mantuvieron esquivas las más alejadas por la distancia y los prejuicios arraigados por los siglos.

La Iglesia no pudo hacer más. Los defectos inherentes a los hombres desvirtuaron con el tiempo las nobilísimas conquistas del espíritu cristiano. Las sutilezas sin savia o los misticismos sin doctrina abrieron el camino al desprestigio de los principios con el des-

proyección social e internacional continúa en nuestros días sembrando el desconcierto y atizando los fanatismos y los odios.

Mantener la línea clara y recta de la tradición occidental y católica fue lo que la Iglesia quiso hacer entre nosotros utilizando la poderosa y honrada intención de los reyes españoles.

De nuestras personales reflexiones sobre la historia universal hemos sacado una conclusión que nos atrevemos a formular así: hay naciones sembradoras y hay naciones sepultureras.

Por más fecunda que sea la producción y más clamoroso el grito de quienes denigran a España por su obra civilizadora, queda como verdad histórica que fue una nación sembradora de patrias.

Y esa misión, clara en la mente de los reyes buenos, precisa en las líneas de su organización se cumplió entre nosotros por la escuela, el colegio y la universidad. El mero hecho de la magnífica actividad docente y privada del catolicismo en Colombia prueba lo que hubo como principio y como escuela. En nuestro estado actual hay muchos males y muchos defectos; los vemos, los reconocemos y, por una tendencia ingénita a los colombianos, las exageramos y las mantenemos porque en vez de trabajar más en su remedio, perdemos el tiempo en denigrarnos y en reprocharnos, con puerilidad unas veces, con primitiva crudeza otras. Pero en el fondo hay una tendencia hacia el saber, una organización de la enseñanza que nos honra y nos eleva.

Así como en las actividades materiales hemos organizado primero y mejor que otros pueblos la aviación civil y comercial teniendo pésimos caminos en muchas regiones del país, hemos llegado a una elevada organización educacional privada superior a la oficial y a una densa organización universitaria en medio de un analfabetismo que se mantiene en elevadísimo y humillante porcentaje.

Ese es el argumento que formamos y alegamos para probar por lo que existe hoy lo que se hizo ayer. Lo bueno de la república no ha sido todo generación espontánea sino muchos y lo mejor de herencia y patrimonio español.

Ahora bien: no es sólo el que existieran institutos docentes de instrucción primaria, secundaria y universitaria. Es la calidad de la enseñanza y los frutos de la semilla en lo mejor de la raza y en los actos decisivos de la nacionalidad.

Gloria excelsa se ha dado al maestro de Bolívar. Y con razón.

No hay un solo colombiano que no mire con respeto y gratitud los claustros del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y de San Bartolomé en Bogotá, para no citar sino dos de los más decisivos en la educación de nuestros libertadores.

Cuando el Duque de Wellington regresó victorioso de Waterloo hizo una visita al colegio en que se había educado y cuando entró a la sala de estudio señaló la mesa, el pupitre en que tenía su puesto de estudiante y dijo: aquí fue donde aprendí a vencer a Napoleón.

Lo mismo debemos decir de esos colegios. Allí fue donde enseñados por españoles aprendieron nuestros libertadores a luchar y a vencer a los españoles.... Eso no es ser sepulturera una nación.

Si la libertad política se compró a precio inaudito, con las ruinas de los santuarios y los colegios, si casi un siglo de tanteos y de luchas fratricidas e infecundas aunque nobles, nos detuvo en el progreso, hemos de convenir que más nos hubiera retardado si no hubiera surgido el tesonero esfuerzo de reconstrucción heroica del culto por el saber.

Lo que hoy elogiamos en el caso de la Universidad Católica Bolivariana es un argumento que tanto honra a quienes la han fundado y sostenido como refuerza los argumentos de quienes pensamos con serenidad e independencia sobre nuestros problemas naciona-

les e históricos.

De turno en el servicio de la religión y de la patria emerge el pueblo antioqueño no sólo anunciando un compromiso que acepta sino valiosas realizaciones que ostenta como prueba de sus eximias cualidades y como prueba de lo que el catolicismo puede y debe hacer por fe y patriotismo.

Siéndonos imposible extendernos más en consideraciones pertinentes pero no oportunas, vamos a dar a nuestros radioyentes datos precisos sobre el origen y el estado actual y los rendimientos futuros de la Universidad Católica Bolivariana de Medellín.

El mero nombre es un programa, una consigna, una ambición y una definición de lo que somos por católicos y por libres.

Lo que hemos dicho en nuestra introducción se concreta en el nombre de la universidad que ahora estudiamos y elogiamos.

La figura noble y recia de Monseñor Manuel José Sierra es la que resume la idea, encarna el heroísmo y da la existencia de la U. C. B.

El 15 de septiembre de 1936 se abrió la Universidad. Los excelentísimos arzobispos Caicedo, Salazar y García Benítez, cada uno a su tiempo y a su modo han sido los jefes, los guías y los mecenas. Doña Bernardina Uribe de Jaramillo con cien más son y serán los generosos bienhechores.

En 70 hectáreas, al occidente de Medellín, entre Belén y La América, como quien dice de la cuna de Cristo a la grandeza de América se extienden los planos de un soberbio pueblo de sabios y estudiantes.

Mil cuatrocientos estudiantes, realmente bolivarianos por el espíritu y por el origen de sus patrias beben con avidez el agua de la ciencia humana en manantial puro libre de barro pagano y de gérmenes ruinosos.

No tienen aún hecho su proyectado y grandioso edificio, pero todo está comenzado en grande, con técnica impecable y con ambición mira hacia una realización única en su género.

Ocho kilómetros de alcantarillado, las bases del edificio de bachillerato para cuatro mil alumnos, a flor de tierra ya el templo que es el centro material y espiritual de la universidad, la energía en acción y la generosidad en desvelo son para los estudiantes y para los espectadores más que un estímulo; son realidad en el poder y en la decisión a corto plazo.

La escuela de comercio, la de arquitectura, la que se va a abrir de ciencias económicas, la de química industrial, perfeccionan la clásica organización hasta ayer demasiado teórica.

Una magnífica Revista llegada ya a su número 36, una extensión cultural por la radio y una documentación bibliográfica con un prestigioso boletín completo y al día dan a la organización los retoques de la perfección.

Quede pues en el ánimo de nuestros radioyentes la verdad consoladora de que existe en Medellín lo que necesita la patria y lo que la religión y sólo la religión puede dar y sostener.

Profesionales de ética elevada por cristiana, perseverante y sincera son la necesidad y el anhelo de todos los colombianos.

Pues en la Universidad Católica Bolivariana está la cuna y a ella irán en busca de la vida noble o en aporte de la ayuda urgente todos los que quieran hermanar el propio interés del porvenir de sus hijos con el futuro engrandecimiento de la patria.

PREHISTORIA AMERICANA Y BRASILEÑA

El Hombre Fósil Americano y su Origen

Por Walter Spalding

Guillermo Valencia R., Profesor de la Universidad Católica Bolivariana de Medellín, publicó en 1939 un interesante libro titulado "Los Primitivos" (1), nombre bajo el cual incluye este profesor de Sociología Americana de la Facultad de Derecho de la citada Universidad, la Prehistoria y la Paleontología.

La lectura de ese magnífico compendio nos sugirió la presente nota sobre materia tan trascendental como fascinadora y apropiada para las mayores fantasías.

Felizmente, esos estudios se están encaminando hoy por sendas científicas, de modo que ya es posible leer Prehistoria y Paleontología sin tropezar a cada paso con números fantásticos y kilométricos, ni con doctrinas francamente materialistas o con abusos de interpretación, en tono casi dogmático.

Los materialistas niegan a pie juntillas el origen de los mundos y de los seres, tanto animados como inanimados, de acuerdo con las enseñanzas, de la Teología, porque dicen que la Biblia no merece fe, por ser una alocada fantasía aquella creación universal en seis días según ese libro lo refiere.

Desde luego, conviene tener en cuenta que los intérpretes de la Biblia no dogmatizan sobre la creación de mundo en seis días, sino que, por el contrario, declaran que esa representación es puramente simbólica y que cada uno de esos días de que allí se habla puede representar centenares de miles de milenios.

La Biblia no trata una cronología rigurosa.

El ilustre científico argentino, José María Blanco, S. J., afirma que "nada de cierto se puede establecer acerca de la edad del género humano, llevando por guía los datos que suministran los Libros Santos y la tradición. Los cómputos no son concordantes" (2).

Y de ese mismo parecer son todos los teólogos y sabios que han estudiado la cuestión.

Lo mismo puede decirse en cuanto al lugar en donde fue creado el primer hombre. La Biblia no nos dice nada al respecto; la tradición sitúa en el Asia la cuna de la humanidad.

Tradición no es ciencia; especialmente no lo es la tradición de aquellas éras preteritas, recogida por los escritores bíblicos del Génesis, que, como hemos dicho, no afirman más sobre el caso.

De ahí la posibilidad de estar errada la tradición y errada por uno de esos viejos equívocos geográficos, como el que situó a la India en América, en la época del descubrimiento de este Continente.

Ahora bien, si tan grave engaño sufrieron los navegantes colombinos, qué decir de los muchos errores en que pudieron incurrir quienes, milenios antes, habitaron un lugar cualquiera de Asia o África en el mundo prehistórico?

Esa es la razón por la cual no vemos la imposibilidad—y la tesis ya se ha expuesto otras veces—de haber sido nuestra América la cuna de la humanidad; posiblemente el Brasil, y dentro del Brasil, Lagoa Santa, en Minas Geraes, o Baturité en el Ceará.

Tanto el llamado "hombre de Lagoa Santa" como el "hombre

(1). Ediciones de la Universidad Católica Bolivariana. Serie Textos. Vol. I. Imp. ficial 1939. Medellín.—Colombia.

(2). "La antigüedad del hombre y su evolución". Buenos Aires, 1925, 2ª edición.

de Confins", como el de Baturité—y éste más que los otros dos—representan el espécimen más antiguo del hombre que hasta hoy se ha encontrado.

Ni la raza llamada de "Piltdown", cuyos famosos restos fueron estudiados por Osborn con mucha fantasía, ni la de "Cro-Magnon", ni la de "Neanderthal" poseen rasgos más primitivos que los que muestran esos cráneos y restos humanos que Lund descubrió y divulgó y que fueron hallados por el Barón de Capanema en Baturité (1).

Quién sería capaz de calificar, con documentos fehacientes, como pura fantasía el actuar el origen del hombre en Minas Geraes o en Ceará?

Si se pudiera algún día probar con rigurosa certeza la "primogenitura del hombre de Lagoa Santa o del de Baturité, todas las teorías relativas a la población del suelo americano sufrirían modificaciones profundas, y nuevamente entrarían en escena las citas bíblicas del Génesis, según las cuales habrían poblado a América los descendientes del Ofir indico, hijo de Jeta y nieto de Eber, después de poblar la India Occidental, algunos milenios antes de Cristo, con una diferencia: de que no pasaron de la India a América, sino de la América a la India.

x x x x

Evidentemente, la aparición del hombre sobre la tierra tuvo lugar a principios del Cuaternario, periodo antidiluviano, época del hipopótamo, o Cuaternario inferior.

Es a esa época geológica que corresponde la llamada "raza de Piltdown". También pertenecen a tal época las grutas de Lagoa Santa, donde existió el hombre de Lund o de "Confins" y el de la sierra de Baturité, en el Ceará. Y de igual manera, si quisiéramos abusar del significado de las capas geológicas en aquellas zonas, no dudáramos en afirmar que el hombre de Lagoa Santa pertenece al Terciario, aunque haya sido encontrado sobre una capa de aluvión, a 16 metros por encima del nivel de la laguna.

Además de eso, junto con el hombre de aquellas regiones, "no se halló artefacto alguno de piedra o cerámica, que pudiese servir para determinar su grado de cultura primitiva" (2), dice Aníbal Matos hablando del hombre de Confins, y lo mismo afirmó Lund respecto del de Lagoa Santa.

El hallazgo de Capanema, en tierra de formación terciaria, en la costa de la Sierra, en un lugar próximo a la ciudad de Baturité, demuestra con precisión aún mayor, que se trata de un cráneo humano de los más primitivos, pre-neanderthaloides, posiblemente.

Al respecto dice Estavao Pinto (3):

"Pertenece a los terrenos cearenses el fragmento craneano conocido con el nombre de "calota" o bóveda craneana de Baturité, encontrado por Guilherme Achuch da Capanema (1859). Este cráneo es-

(1). Es de notarse el descubrimiento hecho en 1859 (tres años después de descubierta la llamada raza de Neanderthal, por Fuhirott), por el Barón de Capanema, en la bóveda de Baturité, que se asemeja muchísimo a la de Neanderthal.

(2). Aníbal Matos. - *Prehistoria Brasileira*. S. Paulo, 1939. Este último hallazgo tuvo lugar en 1935 y fue hecho por una comisión designada por la Academia de Ciencias de Minas Geraes, para continuar los estudios del sabio profesor Lund.

(3) "Os indígenas do Nordeste". 1º Vol. Sao Paulo, 1.935.

tá casi todo reducido a pura sustancia calcárea; encima de las arcadas superciliares, salientes y espesas, se nota un profundo surco y la frente cae rápidamente hacia atrás". "A un cráneo así constituido, debe haber correspondido un grado de inferioridad intelectual muy próximo al de los monos antropomorfos", dicen Lacerda Filho y Rodríguez Peixoto. Este cráneo se asemeja extraordinariamente al casquete descubierto tres años antes (1856) por el alemán Fuhlrott en la gruta de Feldhofer (valle de Neanderthal y Dusseldorff).

El profesor Angiones Costa, a pesar de estas consideraciones, es de parecer, como Paul Rivet, que la población de América se verificó por un movimiento de emigraciones que se establecieron en el territorio del Brasil, "asiáticos y polinesios, estableciendo remotos cruces, que implantaron en nuestra tierra el mestizaje, mucho antes de llegar aquí los portugueses" (1).

Paul Rivet, apoyado en estudios lingüísticos, culturales y botánicos de la costa del Pacífico, dice más o menos lo mismo sobre los pobladores de la América del Sur:

"Mis recientes estudios sobre el mundo oceánico me han llevado a la convicción de que el hombre ha sido navegante desde un principio, y, en verdad, la razón es muy simple. La embarcación más primitiva, la balsa más simple, le procuraban un poderoso medio de transporte, cuyo equivalente en tierra no debía encontrar sino mucho más tarde..." (2).

Y después de varias citas afirma: "Nada más natural, pues, que suponer que estos navegantes se hayan aventurado, voluntariamente hacia el oeste, o que los Polinesios, que habían realizado el prodigio de descubrir la isla de Pascua, hayan conducido sus flotas hasta América. En efecto, la tradición o la leyenda, como se quiera llamar, nos hablan de la llegada de extranjeros a las costas americanas y del conocimiento que los americanos tenían de ciertas tierras lejanas perdidas en la inmensidad del Pacífico".

Así, la teoría de la población de América por el Pacífico es hoy la más aceptada, y que defienden los grandes antropólogos modernos, los más insignes etnólogos, arqueólogos y aún sociólogos (3).

Esta teoría de la población de América por el Pacífico no inválida, en forma alguna, lo que antes hemos dicho, esto es: la probabilidad de haber sido América la cuna de la humanidad, como ya lo afirmó, pero sin base, el gran Ameghino, creando el "hombre pampeano", que Boule tanto criticó, diciendo que el "homo pampeus" no ha existido jamás sino en el espíritu de Ameghino" (4).

En Europa los sabios en vano procuran elementos de unión entre la edad paleolítica y la edad neolítica.

El profesor Guillermo Valencia R. (5), en su excelente compen-

(1). Angiones Costa. *Micraoes e cultura indígena. Ensaio de Arqueología e Etnología do Brasil*. Sao Paulo, 1.939. En esta obra el ilustre Profesor niega la antigüedad de que hablamos de la raza de Lagoa Santa.

(2). Doctor Paul Rivet. *Relaciones comerciales precolombinas entre Oceanía y América*. Paraná, Rep. Argentina, 1928. (De los "Anales de la Facultad de Ciencias de la Educación", tomo III).

(3). Antonio Gonçalves Dias, el gran poeta indigenista, nació en 1823 y falleció en 1864, en su obra *El Brasil y la Oceanía*, ya había adoptado esta moderna teoría de las migraciones, apoyado en Ferdinand Denis, D'Orbigny y otros.

(4). Mrae. Boule, *Les Hommes Fossiles. Elements de paleontologie humaine*. Citado por J. M. Blanco, S. J., ob. cit.

(5). "Los Primitivos", ya citada.

dio, lo afirma en estos párrafos:

"A pesar del esfuerzo de muchos sabios para hallar un puente o unión entre la edad paleolítica y la neolítica, es muy notorio el que no se haya logrado ese intento; ya que se admite generalmente la existencia de un hiato o salto, precisamente entre el período antdiluviano o de los glaciares y el postdiluviano o de aluvión, que corresponden a la división de las dos grandes edades de piedra. Este hiato demuestra que Europa dejó de ser habitada por un cierto tiempo....."

En rigor podríamos afirmar que esta despoblación de Europa como consecuencia del diluvio universal—que bien pudo haber sido la época del deshielo que invadió y cubrió el mundo—dio como resultado la población de América de donde regresaron posteriormente para el viejo Continente nuevas emigraciones.

Esta sería la explicación del "hiato" europeo entre las dos grandes edades de piedra.

Mas como el período del deshielo debió haber abarcado a todo el orbe, inclusive a América, donde abundan los vestigios de aquel acontecimiento, la explicación no satisface.

En esta forma, continuaremos con la hipótesis de haber sido la América la cuna de la humanidad y que de aquí partieron, todavía en la época paleolítica, los pobladores de Europa.

Y esto sin impedir que más tarde, también para la Europa siguiesen, por la vía de Asia, descendientes de los mismos, anteriormente al diluvio.

En ese caso, habiendo acaecido el diluvio o deshielo justamente entre las dos épocas, la paleolítica y la neolítica, y cubierto a todo el mundo, Europa sufrió un hiato en su cultura, con migraciones hacia el Asia, desapareciendo el resto de la humanidad de América y de Europa.

En consecuencia, sería enorme el hiato cultural en la América que solamente se habría repoblado conforme a las modernas teorías etnográficas, con pueblos de Asia y Oceanía, a través del Pacífico, trayendo consigo la cultura que nuestros amerindios dejaron impresa en sus monumentos y tribus del suelo del Continente, esparcidos por las Américas, de norte a sur, pero adelantados en la costa norte del Pacífico, probable punto de repoblación.

De ahí se esparcirían entrando unos por el actual Amazonas, formando la cultura **marajoara**, descendiendo otros a la costa del Pacífico y teniendo como posible punto de dispersión y probable fusión con otros tipos asiáticos o polinesios, la planicie central boliviana (como aconteció con el mamuth en el Cuaternario medio americano), formando las culturas **diaguita**, **chaecosantiaguina**, etc., conforme lo enseña el Profesor Antonio Serrano.

Réstanos ver ahora si existió en la América algún animal antdiluviano, contemporáneo del hipopótamo.

Del Cuaternario medio son innumerables los fósiles en las tres Américas.

Examinemos algunos hallazgos al respecto: En Río Grande do Sul, del Secundario, los fósiles de San Pedro, entre los cuales figuran los del género "**Diodontosaurus**" que el profesor Tupí Caldas estudió y clasificó (1); en el Cuaternario (2) encontramos, entre mu-

(1) Prof. J. Tupí Caldas. Paleontología do Río Grande do Sul. El fósil de San Pedro, en la Revista del Instituto Histórico y Geográfico de Río Grande do Sul, II Trim. de 1936.

(2) Véase: Dr. Luis Cuervo Márquez. Especies extinguidas. Hallazgos en la Sabana de Bogotá. Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Vol. II, Nº 5 Enero, Febrero, Marzo. 1938. Bogotá.

chas otras especies distribuidas en toda la América, el fósil de Irai, recientemente descubierto y estudiado por el Profesor Tupí Caldas, que él denominó "**Bunomastodon Iraiensis**" (1), que no es más—a nuestro modo de ver—que el **Mastodon Andium** o **Mastodon Humboldtii**, y también el fósil de Farroupilha,—**Equus caballus**—, estudiado por el mismo profesor Tupí Caldas, que él clasificó **Equus proto-caballus** (2).

También de esa época, o del Triásico, según la generalidad, son los fósiles encontrados en Santa María (Río Grande do Sul), del **Scaphonyx Fischeri**.

Se ve de esta manera que en nuestra América existieron animales de la misma época de la aparición del hombre, y que lo que Lund y sus continuadores, en las cavernas de Lagoa Santa, Confins y otras, descubrieron, no son fósiles humanos, sino fósiles de animales antediluvianos, del Pleistoceno (3), como el "**Equus caballus**" o "**Equus protocaballus**", "**Megalonix**" y "**Megatherium**".

Al respecto afirma Lund: "Puedo afirmar por lo que tengo visto, que si el **Megalonix** y el **Megatherium** hubiesen tenido por vivienda la tierra y no los árboles, habrían sido completamente aniquilados, en virtud de sus movimientos tardíos; hoy no se hallarían sus fragmentos junto a los restos del gran tigre antediluviano, sepultados en la misma capa en que fueron depositados, durante los últimos días anteriores al cataclismo que corrió un velo de misterio entre el mundo del pasado y la creación actual" (4).

En los catálogos de fósiles de las diversas épocas hallados en Minas Geraes y en el nordeste brasileño, tierra de la más antigua formación, del Terciario y Secundario superior e inferior, tanto como en la Argentina, Uruguay, Colombia, etc., se notan los más variados especímenes comunes a Europa, Asia, África y la India, tanto de la época terciaria, como de la cuaternaria, ante y post-diluviana.

Ahora, en vista de todo esto, ¿no sería posible aceptar la primogenitura humana en la América?

Tal vez, en breve, podamos ver ese problema cuidadosamente estudiado y resuelto por la generación que se está formando con las nuevas disciplinas de las universidades.

Así, sin pretensiones a lo Gobineau (5), aquí quedamos en espera del veredicto de los sabios paleontólogos y arqueólogos.

(1). Prof. J. Tupí Caldas. Nota Paleontológica. El fósil de Irai en la Revista del Instituto Histórico y Geográfico de Río Grande do Sul. IV Trim. de 1938. Véase también Carlos de Paula Couto: Paleontología de Río Grande do Sul. Porto Alegre, 1.940.

(2). Nota Paleontológica. "Fossil de Farroupilha". Idem. I trim. de 1.939. Existe en el museo Julio de Castilhos (Porto Alegre) una interesante pieza anatómica, cabeza de buey, con cuernos de estructura anómala, que está siendo objeto de estudio por parte del Profesor Tupí Caldas, que la considera pieza fósil del individuo autóctono de América, y que supone ser de especie contemporánea del Pleistoceno.

(3). Véase: Anibal Matos, ob. cit.

(4). Peter Wilhelm Lund. Memorias Científicas. Trad. del doctor Leonidas Damasio. Biblioteca Mineira de Cultura, Belo Horizonte, 1.935. Lo que nos interesa aquí es el animal en sí y no la descripción de su género de vida, constatada por muchos.

(5). Conde de Gobineau, artista y sabio que inventó el aroanismo germánico y una rama especial de la cual descendía en línea recta.

(Tomado de "Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia").